







los muchachos de intendencia, a Leticia López Orozco o a mí. Fuimos testigos de sus esfuerzos por volver a trabajar en su cubículo y, sobre todo, por leer, actividad que pudo llevar a cabo siempre, con lucidez, hasta su fin.

Como la de todo amigo o compañero de trabajo, la muerte de Marco Díaz duele. Ojalá que en nosotros, como colegas —o en mí, como su amiga—, logre levantarse sin reservas, y perdurar, la imagen del muy buen investigador que fue durante sus mejores años, y la del compañero de los cálidos “detalles” (chocolates, galletas, saludos en papelitos o alguna revista de estética o de historia del arte sobre mi escritorio al llegar en la mañana al instituto). Marco estaba construido de la ambigua materia de luz y sombras, conflictos y contradicciones, adolescencia y madurez, agudeza y desacierto, a lo cual no hay ser humano que escape. †